

Alonso Rodríguez (1531-1617). De corazón humilde y abrasado en el amor de Dios

Alfredo Verdoy

Introducción

El que la Compañía de Jesús tenga entre sus porteros un beato y un santo no es fruto de la casualidad. La práctica de la caridad constante, la amabilidad y la eficacia hechas servicio, la gratuidad entregada, sembrada y enterrada en el corazón y en las entrañas de miles y miles de personas que acuden con sus angustias, prisas y a veces temores a la portería de un colegio de jesuitas, sólo se pueden llevar a efecto cuando el portero, en nuestro caso, san Alonso Rodríguez, portero mayor del Colegio de Montesión en Palma de Mallorca, y el beato Francisco Gárate (1857-1929), portero de la Universidad de Deusto en el primer tercio del siglo XX, se alimentan diaria y perseverantemente del amor de Dios para desparramarlo y sembrarlo en el corazón de sus criaturas.

Si el beato Gárate recibió en su día el apelativo del *hermano finuras*, tal vez tendríamos que calificar al santo Alonso Rodríguez como el *portero amigo de Dios*; como el portero de corazón humilde, abrasado en el amor de Dios.

Con motivo del cuarto centenario de su muerte¹, presentaremos su itinerario humano y espiritual desde la perspectiva del que ha sido agarrado por Dios para hacer su obra en él y para mostrarle a la prepotente Compañía de Jesús de entonces y a nuestra escéptica sociedad de hoy que cuando Dios decide actuar en la vida de una persona, nada se le resiste y todo, con esfuerzo, método y altas dosis de sufrimiento, es posible.

Dividiremos nuestro texto en tres apartados. En el primero conoceremos su itinerario; en el segundo, abordaremos el natural orante y peleante de nuestro santo, que nos llevará en el tercer apartado hasta la cumbre de su peregrinar humano espiritual, hasta vivir abnegadamente del más puro amor de Dios.

¹ En 1988, primer centenario de su canonización, MANRESA publicaba un artículo en el que también nos hemos inspirado: RUIZ JURADO, M., *La experiencia espiritual de un portero. En el centenario de la Canonización del H. Alonso Rodríguez, S.I.*, MANRESA 60 (1988) 383-395.

1. Vida y peregrinación humana y religiosa

Desconocemos mucho del exterior de la vida de Alonso Rodríguez. Nada en ella aparece como extraordinario. Lo único extraordinario es su insobornable voluntad por ser total y enteramente de Dios.

Nacido en Segovia probablemente el 25 de julio de 1533; hijo segundo de una familia industrial y numerosa de once. Fueron sus padres Diego Rodríguez y María Gómez; matrimonio devoto, hacendado y laborioso, comerciantes en paños para más señas. Sus hermanas más pequeñas, Juliana y Antonia, ambas solteras, fueron conocidas y tratadas en su Segovia natal como beatas.

Muy pronto la vida puso en contacto a Alonso Rodríguez con la naciente Compañía de Jesús, en concreto con el padre Pedro Fabro (1506-1546), quien acompañado por el doctor Ortiz, ganó y predicó en Segovia en 1541. Ambos se alojaron en la casa y villa de los Rodríguez Gómez. En el retiro de su villa *El Rafal*, afirman sus biógrafos, el pequeño Alonso practicó los ejercicios espirituales de San Ignacio. Tres años después conoció en Alcalá, siendo estudiante de gramática, a otro jesuita, famoso en aquel tiempo, el Hermano Francisco Villanueva (1500-1557)².

A sus quince años, en 1546, falleció su padre. Su madre quedó al frente de la casa y del negocio familiar. Al no poder con todo, hizo volver a Alonso de Alcalá a Segovia. Las cosas, una vez suspendidos sus estudios, no les fueron bien y el negocio familiar en vez de prosperar, menguó.

A los 27 años, a instancias de su madre, Alonso Rodríguez se casó con María Juárez, hija, también, de comerciantes. En muy poco tiempo sintió la pérdida de una de sus hijas y poco después la de su esposa en 1562. En su luto y pena fue ayudado y consolado por los jesuitas residentes desde 1559 en su pequeño colegio de Segovia. El superior de este colegio, Luis de Santander –un padre que trató con santa Teresa cuando ésta residió en Segovia– fue su confesor. Poco después el padre Santander, famoso predicador y catequista, fue destinado a Valencia; ciudad a la que Alonso, necesitado de luces y auxilio, acudirá muy pronto.

La posterior muerte de su hijo todavía lo sumió más en la tristeza. Ayudado, confesado y pacificado por el padre Bautista Martínez, retornó a su casa paterna, intensificando al lado de su madre y hermanos su vida de oración y penitencia.

² VERDOY, A., *El jesuita Padre Francisco Villanueva (1500-1557): prototipo de un nuevo apóstol en la Castilla de la Reforma católica* en Espacio, tiempo y forma. Serie IV. Historia Moderna 9 (1996) 87-116.

El rezo del santo rosario y la contemplación de los misterios de la vida de Cristo le hicieron penetrar en el misterio corporal y espiritual de Cristo. Durante el tiempo que transcurre entre su viudedad y su ingreso en la vida religiosa, se sirvió de los coloquios “de amor y de dolor” para avanzar en el conocimiento de nuestro Señor. La oración le llevó a la práctica de duras penitencias y de muchas y variadas mortificaciones.

En medio de este clima se sintió llamado a la Compañía de Jesús. Presentada su candidatura, no fue admitido. Su elevada edad, 39 años, su incapacidad para los estudios y su delicada y flaca salud le alejaron tanto del ministerio sacerdotal como de la vida de abnegación y servicio de los hermanos coadjutores. La negativa de los examinadores de la Compañía no le amilanó. Para aclararse viajó hasta Valencia. Allí le acogió el Padre Santander. Hablaron y determinaron que lo mejor que por entonces cabía hacer era prepararse para ser ordenado sacerdote. Reinició, pues, sus estudios de gramática. Durante este tiempo, años 1569 y 1570, vivió de la limosna que le ofrecían algunas familias y conventos valencianos, así como de los ingresos que le proporcionaban algunas familias ricas a cambio de la educación en la fe y en las primeras letras de sus hijos.

Tras algunas vacilaciones, volvió a solicitar su ingreso en la Compañía, esta vez como hermano Coadjutor. No sin dudas por parte de los examinadores, fue admitido por el provincial de Aragón, Padre Antonio Cordeses, quien atisbó, en el más que entrado en años Alonso, dotes que otros no eran capaces de percibir. “*Lo recibiremos para santo*”, dijo de él el que sería su primer Provincial. Finalmente, el 31 de enero de 1571, ingresaba en la Compañía en la ciudad de Valencia.

Pocos meses después, fue enviado al Colegio que desde 1561 dirigía la Compañía en la ciudad de Palma de Mallorca. El colegio estaba todavía en sus comienzos; faltaba, entre otras cosas, el templo. Destinado a diversos oficios manuales, ni él ni tampoco sus superiores quedaron satisfechos de sus primeros pasos.

Este descontento le hizo pensar que no perseveraría en su vocación y que le acabarían expulsando de la Compañía. Con todo, sus compañeros y superiores advirtieron una fuerte abnegación personal, una constante caridad y entrega a sus compañeros y sobre todo una especial predisposición para la continua contemplación de la pasión de Cristo. Igualmente se confirmó en él una fuerte tendencia penitencial, que le llevaba a castigar su cuerpo en exceso y a descuidar su porte exterior.

“Lo recibiremos para santo”, dijo de él el que sería su primer Provincial.

Durante su noviciado, Alonso vivió y experimentó lo que él mismo denominaba: la primera unión, en la cual “casi todo es obra de Dios”. Dios le enseñaba y él aprendía; aprendía de su propia experiencia. Por este tiempo experimentó, algo que fue constante en su vida religiosa: las dos maneras de unión con Dios. Una, venida directamente de Dios y otra, “que acaece en medio de las grandes tribulaciones que se padecen por Dios”³. Pese a este excelso aprendizaje, emitió los votos del bienio con unos meses de retraso: el 5 de abril de 1573.

Terminado el noviciado, fue destinado al servicio de la portería del colegio. Fue portero mayor de un activo colegio hasta los 73 años de edad. Un portero y un hermano que al final de su vida en carta al padre general Aquaviva se autodenominaba como un “hermanillo, viejo, podrido”; afirmaciones y juicios que contrastan con lo que sus compañeros pensaban de él. Lo consideraban “alma del colegio”.

¿Cómo transcurría su larga jornada?, ¿cómo recibía y trataba a la gente? ¿en qué entretenía el tiempo cuando nadie le visitaba? Además de atender a los visitantes y avisar a toque de campana a los padres y hermanos que eran solicitados por unos y otros, Alonso Rodríguez hizo de su portería una escuela, una pequeña iglesia y un lugar en el que lo importante era encontrar a Dios y servirlo; todo lo que hacía en ella era como si se lo hiciesen al mismo Dios o a Cristo⁴. En su portería fueron formados por expreso deseo de sus padres y educadores niños pequeños a los que enseñaba sus primeras oraciones y sus primeras letras; en su portería fueron instruidos los jóvenes pertenecientes a las congregaciones del Colegio y de los caballeros y oficiales de Palma, así como algunos novicios coadjutores y estudiantes

³ NONELL, Jaime, *Vida de San Alonso Rodríguez, coadjutor temporal de la Compañía*, Barcelona 1888. 670 pp. Esta biografía, pese a su estructura y pese a los muy largos párrafos que de nuestro santo aparecen en ella, procedentes todos ellos del legado espiritual y literario de Alonso Rodríguez, sigue teniendo valor y actualidad. Bastantes de los textos que de San Alonso aparecen en este texto, están tomados de la obra de Novell. Los citaremos de la manera más sencilla. Nuestra única referencia será indicar la página de la que los tomemos. Página 145.

⁴ Leamos cómo se gobernaba en el difícil oficio de portero: “Llegado a la puerta, harás cuenta que entra tu Dios; a él abre y recibe. Y si te enviaren con algún recado, harás cuenta que te envía Dios y no el hombre; y como cosa de tu Dios, la despacharás luego con la alegría y amor que se debe a tan buen Señor, inclinando siempre tu voluntad a la suya. Cuando hayas negociado y vuelvas con la respuesta, harás cuenta que la vuelves a tu Dios con la alegría y amor posible, poniendo los ojos del ánima en Dios, como quien habla con él y no con el hombre, y así le darás la respuesta. Y si quisiere irse, has de hacer cuenta que abres la puerta a tu Dios que quiere salir, y no al hombre. Y con este afecto, junto con grandes muestras de amor y humildad, le abrirás la puerta y te despedirás de él”. No contento con esta instrucción se compuso para sí mismo unos ejercicios para bien acometer y finalizar sus oficios. Leamos el primer ejercicio, que ha resultado el más famoso: “El ejercicio que tenía en la portería era el siguiente. Lo primero en tocando alguno la campana, levantado el corazón a Dios decía: *Señor, abridnos he yo a Vos por amor de Vos*, y abría. En CASANOVAS, I., *San Alonso Rodríguez coadjutor temporal de la Compañía de Jesús*, Barcelona 1947, 72.

jesuitas, con los que compartía y comentaba una serie de avisos que componía para su formación y devoción. Fruto de estos trabajos fueron la vocación y entrada en la Compañía del que más tarde sería misionero en Méjico, Jaime Jerónimo de Moranta y de algunos otros jóvenes mallorquines, más adelante misioneros en las Reducciones del Paraguay. En su portería confirmaron su vocación misionera y sacerdotal el escolar jesuita Pedro Claver, quien llegó a Mallorca para seguir los cursos de filosofía el año 1605 y donde residió tres años y con quien, con permiso de los superiores, coloquiaba todos los días un minino de un cuarto de hora, así como algunos otros que optaron por la vida diocesana o por otras congregaciones religiosas.

Su portería se fue convirtiendo con el paso del tiempo en una especie de ara o altar sobre el que se ponían oraciones y sacrificios por el bien material y espiritual de cientos y cientos de personas en solidaridad orante. Alonso Rodríguez atendía desde su portería una amplia agenda de oración e intercesión: pedía y se sacrificaba por sus hermanas de Segovia, por sus compañeros de comunidad, por los alumnos y familias del colegio, por personas particulares que acudían a su portería para pedirle expresamente oración, por las necesidades del pueblo y por todo lo que los superiores le encomendaran. Oraba y llevaba en su corazón los dolores, las cruces, los sufrimientos y también las alegrías de sus hermanos y paisanos. La oración le hacía vivir solidariamente y en comunión con los demás.

Tantas y tan continuadas oraciones no le impedían acompañar habitualmente a los padres en sus salidas ministeriales y sacerdotales ni practicar la caridad y la asistencia social cuando la ciudad, tal como ocurriera en 1601, se vio aislada por enfermedades y epidemias de muerte.

Otro de los menesteres a los que Alonso se dedicó fue al de escribir. El año 1604 su por entonces rector, padre Gabriel Álvarez, a instancias del Provincial, Diego Escrivá, le mandó escribiese “todo lo que recordaba haberle acontecido en materia de espíritu durante su vida, y que le entregase lo escrito”. Sus superiores deseaban “examinar con detención y madurez el espíritu del portero de Montesión, que por ser tan extraordinario, estaba expuesto a los engaños del enemigo. Su primera memoria la redactó en 1604. Además, escribió por orden de sus superiores cartas a distintos compañeros y remitentes, entre ellos señoras, en las que expresaba sus puntos de vista sobre el progreso espiritual y el modo de conducirse en la vida religiosa.

En sus cartas y escritos aparece un hombre de una gran resolución y de mucha capacidad para la concreción. En cuanto podía (véase alguna de las cartas dirigidas a sus hermanas), componía una lista lo más práctica posible

de remedios, consuelos y estrategias espirituales para que con la ayuda de su experiencia crecieran las personas en su amor a Dios y a los hermanos. Estas resoluciones y consejos pueden considerarse como trataditos de vida cristiana práctica y, a la vez, síntesis de su vida y magisterio espiritual⁵.

Su fama de santidad fue creciendo con el paso del tiempo. Todos –jesuitas, amigos, colegiales, devotos y beatas y hasta personas de muy lejos de la isla– acudían a él en todas sus necesidades y según su cercanía y valentía, le rogaban intercediese ante Dios por sus problemas y necesidades. El pueblo era consciente de su santidad. Todo cuanto tocaba o utilizada acabó convirtiéndose en reliquia. Años antes de su fallecimiento en 1617 se propagaron por toda España sus cartas, rosarios y retratos. Murió en olor de santidad y su muerte fue todo un acontecimiento nacional.

Beatificado por el papa León XII diez años después de que fuese restaurada en 1814 la Compañía de Jesús, el día 31 de julio de 1824, como reconocimiento de la santidad primitiva de la Compañía de Jesús y como anticipo de lo que la Iglesia deseaba de la Compañía para la Iglesia y el mundo una vez concluida la Revolución francesa. “Escogimos de propósito aquel día para que con nuevos y admirables testimonios constase que en la Compañía por Ignacio fundada, se leía en su bula de beatificación, y ahora nuevamente restablecida para gloria de Dios, utilidad de la Iglesia, propagación y defensa de la fe, instrucción de la juventud cristiana y restauración de la piedad, crece de día en día en sus hijos la santidad primitiva”. La canonización tuvo lugar en Roma el día 15 de enero de 1888, fiesta del dulcísimo nombre de Jesús. En ese mismo lugar y fecha fueron canonizados los jesuitas Juan Berchmans y Pedro Claver.

2. De natural orante y peleante en su búsqueda de la persona y del amor de Dios

Aun reconociendo que sus maestros espirituales pudieron condicionar su inclinación y gusto natural por la oración, conviene afirmar que en su persona existió desde muy tempranamente una fuerte inclinación y un gusto muy personal y perseverante por la oración. “No tomaba otro entretenimiento que tratar con Dios o de las cosas de Dios”. En la oración era continuo. Al decir de sus compañeros oraba hasta dormido. Dios era el único que le importaba. “No recuerdo, decía el Padre Torrens, que jamás le

⁵ Destacamos entre los muchos por él escritos: *Ejercicio de ángeles a los cuales han de imitar en la tierra los hombres que deseen ser muy devotos de la Madre de Dios*. Ver CASANOVAS, San Alonso ... 70.

oyese hablar de cosas indiferentes, sino siempre de Dios; y esto lo hacía con todas sus fuerzas y con todo su corazón, sin que jamás se cansase de ello o remitiese su fervor, porque vivía una vida toda sobrenatural, a manera de un ángel del cielo”⁶.

En mi opinión, entendía la vida, la vida espiritual, como una **pelea**, como un esfuerzo, siempre iniciado y nunca concluido, por conseguir y sacar lo mejor que en él había y lo mejor que alentaba en los demás⁷. Peleaba consigo mismo, a veces de manera indiscreta. En medio de diversas alternativas, en las que se mezclaban “regalos del cielo y acometidas del infierno”, se fue adiestrando “en el manejo de las armas espirituales, escribe Nonell, cobrando aliento para volver al combate con la protección de la Virgen y de su santísimo Hijo, y creciendo cada día en la adquisición de virtudes propias de un perfecto religioso”⁸.

Una pelea constante, sangrienta a veces y dolorosa siempre; de una intensidad tal que no descansaba ni de día ni tampoco de noche o, por mejor decir, el descanso era estar orando o mortificándose. No resulta extraño, pues, que un buen conocedor suyo como fue el padre Ignacio Casanovas lo describiera como “el doctor místico de la mortificación”⁹. Este insaciable deseo de mortificación, le obligó a presentar mensualmente a sus superiores una lista con sus penitencias mensuales para, una vez aprobadas, llevarlas a la práctica e incorporarlas a su itinerario espiritual. Sed penitencial, gusto y deseo por estar en continua mortificación no desaparecieron hasta el mismo momento de su muerte. Su cuerpo, al decir de los que vivieron con él, estaba marcado por las duras penitencias y por el rastro de los cilicios, que, desde muy joven, acompañaron su vida ordinaria.

Oración y penitencia, dones místicos y mortificación constante, unión

*Oración y penitencia,
dones místicos y
mortificación constante,
y por encima de todo,
confianza en Dios, son
algunas de las
constantes de su
itinerario espiritual.*

⁶ NONELL, J., *Vida de San Alonso Rodríguez, coadjutor de la Compañía de Jesús*, Barcelona 1888, 670 pp. Esta biografía abunda en citas y textos de San Alonso. Las citas textuales o referenciales que del portero de Montesino hagamos, proceden en buena parte de esta biografía, a la que remitiremos indicando la página de las que las hemos ido sacando. Aquí 15 y 543.

⁷ NONELL, J., *Vida ...* “El que tiene una grande mina de oro o de plata, lo que ha de hacer para hacerse rico es darse prisa trabajando, sacando la plata y el oro; y a medida del trabajar es el medrar y el hacerse rico. El alma para hacerse rica de virtudes y santidad, la mina de donde ha de sacar el oro y la plata de las virtudes, es la de las adversidades y tentaciones y trabajos que Dios le envía, trabajando ella con la oración y la mortificación, venciéndose a sí misma por Dios, haciéndose fuerza en los trabajos peleando”. Texto procedente del libro de Nonell, 175.

⁸ NONELL, J., *Vida ...* 154.

⁹ CASANOVAS, I., *San Alonso ...* 104.

con Dios y con las personas divinas y desprecio por su cuerpo, caridad y humildad; y, por encima de todo, confianza en Dios y obediencia ciega y hasta menuda a sus superiores, son algunas de las constantes, a veces paradójicas, que constituyeron su itinerario espiritual y su paso por la vida.

Hablar de paradojas o lo que es lo mismo de fuertes y contradictorios contrastes en la vida de Alonso Rodríguez, reconocido ya en vida como santo, ¿no es tanto como hablar de un exagerado voluntarismo y de una cierta falta de armonía, excesivo personalismo y falta de integración? ¿No equivale a afirmar que su vida se desarrolló en medio de un clima de derrota permanente hasta que al final de la misma pudo ser pacificado por la misericordia de Dios? Tal vez. Aunque en el caso que nos ocupa quizá habría que hablar de un largo y probado aprendizaje, en el que la promesa inicial se fue haciendo realidad a través de largas pruebas y de infinitas luchas.

La promesa inicial, esta es nuestra opinión, consistió, en el caso del hermano Alonso Rodríguez, en la pacificación de todo su ser en la misma medida en la que el conocimiento de Dios le proporcionaba a un mismo tiempo el conocimiento y la aceptación de su pequeñez. Conocer a Dios significó en la experiencia inicial de Alonso conocerse a sí mismo. Conocimiento que, como ya hemos dicho, le permitió en lo más hondo de su ser, en su esencia personal, y en lo que Dios quería y deseaba para él. Su debilidad le hizo sentir la fuerza, la paz y el poder de Dios. Otra cosa, algo que no debe desdeñarse, fue el que Alonso Rodríguez creyese desde el comienzo de su itinerario en lo que sentía, afirmaba y escribía. Su inseguridad, su fracaso vital en medio del mundo, la muerte de sus pequeños hijos y de su esposa, sus dificultades a la hora de ingresar en la Compañía y el miedo con el que vivió durante sus primeros años como jesuita, el temor a las visiones espirituales y en el fondo a muchos de los dones y gracias que el mismo Dios le ofrecía... hicieron de él durante mucho tiempo una persona insegura, medrosa y hasta escrupulosa.

Sin embargo, en la medida en la que fue creyendo y haciendo suyo el conocimiento y la experiencia de Dios no solo se fue pacificando, sino como endiosando, santificando, convirtiéndose en verdadero hijo Dios y discípulo de Cristo.

Las referencias textuales en las que se liga el verdadero conocimiento de Dios con su propio y verdadero conocimiento y con los bienes de él procedentes son muchas. Escojamos, para empezar, las más significativas. "... tanto más altamente sube el alma a su Dios, y a su conocimiento, cuanto más se abate y humilla; y así esta persona se ponía delante de su Dios diciéndole con el afecto del corazón y con la boca: '*Señor, conózcate a ti y conózcame a mí*'; y en este punto era levantada sobre todo lo creado y pues-

ta con su Dios a solas, como en otra región, adónde Dios le comunicaba tan grande luz del conocimiento de Dios y de ella misma, que venía a conocer a Dios, no ya por discurso, sino por sí mismo, no por razones, sino por clara luz del cielo, y a la medida que el alma, aquí delante de su Dios se humillaba, a esta medida Dios la levantaba al conocimiento de sí mismo, y a esa medida se abrasaba en el amor de su Dios ya conocido; y a la medida del amor que crecía en ella, crecía como de recudida en el alma otro más alto conocimiento de sí misma, y así andaba Dios con el alma o porfía: Dios a levantarla y ella a abajarse, y acontecióla venir a crecer en ella tanto este conocimiento de Dios, y de ahí el amor de Dios en ella y la amistad y la familiaridad del uno con el otro, que casi parecía se le quería descubrir como a los bienaventurados”¹⁰, para añadir más adelante: “esta es la unión y la transformación del alma, que llega a tanto, que cada uno da al otro lo que tiene y todo lo que es: diciendo el alma a su Dios: ‘*Mi amado es para mí y yo para él; tú, todo mío, y yo, todo tuyo*’”.¹¹

Alonso Rodríguez, inteligente como era, tomó una clara opción. Al no poder sobresalir en nada y al sentirse interiormente medio amenazado y muy inseguro en su permanencia dentro del cuerpo de la Compañía, optó por tomarse totalmente en serio su vocación religiosa para de esta manera compensar sus deficiencias en todo lo referente a los trabajos mecánicos y servicios humildes, propios de su vocación de hermano coadjutor¹².

Desconocemos la fecha en la que fue redactado el texto citado más arriba. Al decir de sus comentaristas, parece que muy tempranamente. En él, ciertamente, se recogen la síntesis de lo que hasta entonces había sido su itinerario espiritual y el programa de lo que será en adelante. En dicho itinerario y proyecto espiritual participan, es una manera de hablar, a partes iguales, por una parte, el amor gratuito de Dios y, por otra, sus contradicciones y debilidades personales, identificadas muchas veces con el mal y el maligno, cuyo único objetivo es apartarlo del amor gratuito de Dios. “Mas le aconteció a esta persona, habla Alonso Rodríguez en su Autobiografía, que como el ejercitaba tanto la oración y trato con Dios, todo su ejercicio

Al no poder sobresalir en nada y al sentirse interiormente muy inseguro en su permanencia dentro del cuerpo de la Compañía, optó por tomarse totalmente en serio su vocación religiosa.

¹⁰ RODRÍGUEZ, A., *Autobiografía o sea Memorial o cuentas de la conciencia, escritas por el mismo santo por mandato de sus superiores*. Edición transcrita directamente del original y anotada por el R. P. V. Segarra, S. I., Barcelona 1956, 23-24.

¹¹ RODRÍGUEZ, A., *Autobiografía* ... 24.

¹² NONELL, J., *Vida* ... 182.

era el amor de Dios, y apenas había empezado a levantar el corazón a Dios, cuando en un punto se hallaba con Dios antes de decir ni hablar cosa de amor, y sólo en mirarle era herido de amor”¹³. Herido de amor, del amor de Dios, pero quizás no lo suficiente para poseerlo de manera pacífica y duradera, gracias en buena parte a las tentaciones, pues “es de notar, escribe nuestro santo, para consuelo de los tentados que el demonio siempre tienta y persigue a los amigos de Dios y no a los que son suyos; y que esta guerra es grandísima señal de que el alma está en gracia de Dios”¹⁴.

La tentación - y Alonso Rodríguez fue maestro y muy ducho en las tentaciones- no le alejaba de Dios, pero sí que le molestaba lo suficiente como para no poder vivir pacíficamente lo que el conocimiento de Dios le ofrecía.

La tentación y la pelea, el cariño y la protección de Dios en su lucha diaria, su deseo por mantenerse en el verdadero conocimiento y esencia de Dios serán, en consecuencia, los ejes de su vida. Ejes que le llevarán como a los principales orantes a ordenar, por una parte, todo su día, las veinticuatro horas, en torno a la oración, y a colaborar, por otra, con todo tipo de mortificaciones con la obra y gracia de Dios; necesitado en uno y otro caso de las ayudas de sus intercesores y buenos compañeros, de la Virgen María y sobre todo de Cristo peregrino y redentor. Todos ellos le procurarán una conciencia humilde de sí, cebada y abrasada en el amor de Dios.

3. Siempre peleando y orando hasta descansar en el puro amor de Dios

El que la oración y la penitencia se constituyeran en los dos cayados o bastones, que acompañaron el itinerario de Alonso Rodríguez hasta gozar del puro amor de Dios, nos hablan de un hombre consciente al mismo tiempo de su excelso programa y de la debilidad de sus fuerzas. Nada mejor para gozar del puro amor de Dios a lo largo de una jornada habitual de su vida ordinaria, aunque esto nos parezca artificioso, que inaugurar cada hora con una pequeña invocación. Nada mejor para que nada ni nadie pusiese en peligro su relación con Dios que encomendar cada una de las horas del día a los ángeles y santos de su devoción, uno por hora. Nada mejor, en suma, que tener todo dispuesto para no permitirle al maligno el más mínimo resquicio, e incluso, contando con la ayuda divina, retarlo.

Pero no bastaba con ello. A las oraciones y encomiendas para mantenerse en vigilia y vigilante las veinticuatro horas del día, sumaba, como ya se ha dicho, pequeñas y grandes mortificaciones. De esta manera su perso-

¹³ RODRÍGUEZ, A., *Autobiografía* ... 29 y 24.

¹⁴ NONELL, J., *Vida* ... 133.

na, lo más hondo de su persona, colaboraba con la gracia de Dios para así alcanzar, día a día, momento a momento, instante a instante, el amor de Dios. En esto consistía, pensamos, su mortificación interior.

Las mortificaciones interiores en las que tanto empeño puso Alonso Rodríguez fueron invisibles, frecuentes y muy personales. Si nos dejamos llevar por la letra y por el contenido de sus escritos, uno tiene la impresión de no verle sino mortificándose y mortificado. Sus mortificaciones interiores las entendía como ocasiones muy especiales, concretamente la vida comunitaria y su constante dedicación a su portería, para alcanzar mayores grados de humildad y para de esta manera sentirse cebado y abrasado por el amor de Dios. Todo, en consecuencia, cuanto le distrajese y le alejase de Dios –vista, comidas, vestido, libros, conversaciones, visitas, paseos, recreos y hasta su propio descanso– lo consideraba prohibitivo y desdeñable. Lo único que le importaba eran sus compromisos oracionales y penitenciales y desde ellos, el servicio y cumplimiento de su misión. Todo ello nos lleva a defender que la perseverancia en la oración y en la penitencia, estimuladas por la gracia de Dios, constituyeron los cayados de los que se sirvió como peregrino en el seguimiento de Cristo¹⁵.

Pero no nos engañemos, Alonso Rodríguez sobresalió mucho más en su vida de oración que en su vida de penitencia. Alonso fue más orante que penitente. Prueba de lo que decimos es que el portero de Montesión fuese considerado más como un hombre suave que una persona grave. En lo más profundo de su ser, por mucha penitencia que hiciese, muy desde el principio se sintió acompañado y estimulado por lo que el denominaba con gracia castellana: sus cuatro amores. Eran estos sus compañeros y hermanos de comunidad y por extensión todas las personas con las que convivía y servía; la Virgen María, mi María; Cristo, bien el Cristo peregrino, bien el Cristo sufriente en la Cruz; y sobre todo Dios, al que orientaba como buen místico su vida entera.

Repasemos cada uno de estos cuatro amores, imprescindibles para entender y comprender el sueño y objetivo final de su vida: vivir cebado y abrasado en el amor de Dios.

El amor a sus compañeros de comunidad y a sus habituales visitantes. El portero Alonso, desde muy al comienzo de su oficio para practicar la caridad de modo excelso y sin mezcla de engaño alguno, trató de identifi-

La perseverancia en la oración y en la penitencia, estimuladas por la gracia de Dios, constituyeron los cayados de los que se sirvió como peregrino en el seguimiento de Cristo.

¹⁵ NONELL, J., *Vida ...* 135.

car a todos y a cada uno de sus prójimos con la virtud en la que más sobresalían. Un ejercicio de amor y de confianza en sus hermanos y compañeros, que lo guardaba de críticas deshonestas y de erradas identificaciones; un ejercicio, en suma, que le permitía gustar los rastros del amor de Dios en sus hermanos y desde ellos seguir embebido en el amor de Dios¹⁶.

Tan entrañable como el amor que tuvo por sus compañeros y visitantes habituales fue el amor que le tuvo a la Virgen María. María siempre estuvo con él. Le acompañó durante sus lutos y vacilaciones vocacionales. En ella encontró descanso. Repetía y balbucía avemarías continuamente –rezaba habitualmente los quince misterios del rosario–. A ella se dirigía en sus tentaciones y en los momentos en los que era duramente atacado por los escrúpulos. Sus conversaciones y coloquios con María, breves y sustanciosos como son los coloquios ignacianos, lo centraban, le quitaban los miedos, le daban seguridad, le hacían olvidarse de sus penas y temores y hasta le descansaban físicamente¹⁷. Más aún, María, a la que sintió como su madre y como madre de Cristo, le encaminó a Cristo y a Dios.

Su amor a Cristo siempre fue humano, sublime y misterioso. Su itinerario hasta sentir una amistad profunda con el hijo de Dios fue el clásico de su época. Partiendo de la consideración y contemplación de los misterios de la vida de Jesús llegó a un muy personal conocimiento de su persona y de su misión redentora. Su relación con Cristo superó muy pronto lo sentimental, orientándose –siendo aparejado y aparejándose– en el seguimiento del Señor. Seguir a Cristo, vivir al estilo de Cristo, aparejándose paulinamente con él, para alcanzar el amor de Dios, constituyó el ideal humano y religioso de Alonso Rodríguez. Desde esta perspectiva, todo lo que de dificultoso y hasta escabroso tuviese el seguimiento del Señor lo tenía en poco con tal de no perder su rastro y vivir con los sentimientos y criterios de Cristo¹⁸. A nadie le podrá extrañar que el portero de Montesión se sintiera, desde antes incluso de su ingreso en la Compañía, “particularmente” inclinado a gustar “los misterios de su santa misión, siendo muy visitado en estos misterios particularmente en el del Ecce Homo, y en el que llevaría la Cruz a cuestras (...) para lo cual tomaba esta persona dos horas para esta oración por la mañana, y un cuarto para hacer gracias a Dios, y otros tanto por la tarde, y oía su Misa después...”.¹⁹

¹⁶ NONELL, J., *Vida* ... 99-100.

¹⁷ NONELL, J., *Vida* ... 135-138.

¹⁸ NONELL, J., *Vida* ... 178: “Venid, pues, todos los géneros de trabajos, que en el mundo hay, sobre mí, porque este es mi consuelo, padecer por Jesús; esta es mi alegría, seguir a mi Señor y consolarme con el consolador crucificado; este es mi contento, este es mi deleite, vivir con Jesús, andar con Jesús, tratar con Jesús, padecer con él y por él, este es mi regalo”.

¹⁹ RODRÍGUEZ, A., *Autobiografía* ... 16-17.

El Cristo al que Alonso Rodríguez seguía con denuedo, pasión y devoción no era un Cristo abstracto; poseía, más bien, un rostro muy concreto y hasta familiar²⁰. Cuando la imaginación le fallaba, Alonso se dirigía a los rostros que proyectaban las muchas imágenes que de Cristo en la cruz habitaban dispersas y en lugares estratégicos a lo largo y ancho de su aposento, portería y colegio. Sus encuentros de Cristo siempre fueron reales y concretos.

Cristo, además de ser su refugio y Señor, también era su maestro. Alonso disfrutaba en su “escuela”. De su maestro “sacaba amor, humildad y agradecimiento, para servirle y amarle y padecer muy de veras por su amor... le enseñaba a imitar su santísima vida negándose a sí mismo, tomando la cruz y siguiéndole...” hasta fundirse con él de la misma manera que se funden el hierro con el fuego. Su vivencia de Cristo le ayudó a integrar su vida espiritual y apostólica en claves cristológicas²¹. Fruto de todo ello, como acabamos de decir, fue la identificación, la fusión y la comunión, cada día más íntima y personal, entre Cristo y Alonso Rodríguez²².

En este esfuerzo oracional y penitente hasta la máxima identificación con Cristo, al igual que en su tiempo Francisco de Javier y otros muchos compañeros, Alonso Rodríguez nunca se sintió solo. Su perseverancia orante y penitencial, además de a su propio esfuerzo y constancia, podía imputarse al sostén orante de sus compañeros y de sus muchos intercesores, vivos y difuntos. Los frutos de la gracia intercesora de tantos y tan buenos intercesores no tenían otro objetivo en el ánimo del portero de Montesión que conseguirle el poder vivir siempre dentro de la presencia de Dios, embebido y como cebado en el más puro amor divino. Amor que el santo segoviano denominará amor retornado²³.

Sin embargo, su primer y más señero amor, muy por encima de los amores de los que venimos hablando, fue el amor de Dios. En sus relaciones con Dios supo Alonso que toda la iniciativa partía siempre de Él. “Algunas veces acontecen cosas espirituales entre Dios y el alma tan súbitamente y tan sin tiempo, según la prontitud con que viven ni acordándose el alma de tal cosa, que no puede haber en ello cosa de imaginación; porque no hay

Su primer y más señero amor fue el amor de Dios. En sus relaciones con Dios supo Alonso que toda la iniciativa partía siempre de Él.

²⁰ RODRÍGUEZ, A., *Autobiografía* ... 21-22.

²¹ NONELL, J., *Vida* ... 184, 185-186, 448-451.

²² RODRÍGUEZ, A., *Autobiografía* ... 17-18.

²³ RODRÍGUEZ, A., *Autobiografía* ... 26.

tiempo para ello por estar el alma toda arrebatada y fuera de sí, y toda en Dios y en lo que Dios le comunica.” Comunicación tanto más divina y humana cuanto más ésta se parece a las travesuras y a los requiebros que Dios tenía con él. Travesuras y requiebros, pequeñas pruebas para el alma, semejantes a los que una madre juguetona emplea en la crianza y en el amamantamiento con su niño pequeño. Lo que el mismo Alonso denominaba castizamente la ‘oración de la teta’²⁴.

Amamantado y criado al modo de Dios, Alonso Rodríguez hará todo lo que humanamente sea capaz, un esfuerzo nunca completado, por vivir lo más conscientemente posible en la presencia de Dios. Ésta no consistía en otra cosa que en “sentir a Dios dentro de sí y fuera de sí presente en todas las cosas criadas con grande continuación. Esta presencia de Dios trae consigo un particular conocimiento de Dios; y de esta compañía y presencia de Dios tan continua nace un amor ardentísimo de Dios, y unos grandes deseos de entregarse toda el alma en su servicio, y una gran limpieza del alma a imitación de los ángeles: porque hace advertir esta presencia de Dios en el alma, la cual trae cabe sí, dentro de sí, lo que ha de hablar, pensar y obrar, para que vaya todo según Dios y para gloria suya, y no de otra manera”²⁵.

Así descrita, la presencia de Dios se puede ejercitar, mejor, se puede conseguir, por la vía de la memoria, por la vía del entendimiento (“conociendo el alma sin discurso alguno, cómo Dios está dentro de su alma: con el cual conocimiento viene a sentir el alma a su Dios presente a sí...”)²⁶ y por la vía de los afectos. Todo ello “... da al alma este sentimiento de sí y certidumbre de su presencia no solo en el alma y cuerpo, pero también en todas las cosas, para que siempre le ande amando y bendiciendo, no solo por vía de sentimiento, pero por vía de conocimiento amoroso a su Dios”²⁶.

Muy en relación con la presencia de Dios están los grados del amor de Dios hasta llegar al más puro amor divino: el primero, el de la consolación, el amor de consolación; el segundo, el amor con que Dios mismo nos infunde un gran amor y afición a Dios; el tercero, el de unión y transformación del alma en Dios, consistente en la entrega generosa del ser humano a Dios y Dios al ser humano o unión de oración; el cuarto, el de la unión segunda y probada con el toque de la tribulación y que supone lo que él llamaba las “muertes interiores”; el quinto, el “amor fino, porque es probado por la cruz sin mezcla de consuelo divino o humano” y donde todo queda en las manos

²⁴ RODRÍGUEZ, A., *Autobiografía* ... 26-27.

²⁵ NONELL, J., *Vida* ... 195.

²⁶ NONELL, J., *Vida* ... 196, 196-197, 198 y 205.

de Dios; el sexto, el de la unión íntima entre Dios y el hombre, una unión que supera, pero que se parece, a la unión que tienen dos esposos; séptimo: el amor apreciativo, que consiste en no apartarse de Dios en nada; y el octavo y último, el que tiene principio de perfección, medio de perfección y cumbre de perfección y al que se llega por el camino de la perfecta caridad y humildad, que experimenta tanto más amor cuanto más se olvidaba de sí, más le servía y más pensaba en él... para terminar diciendo que nadie ni nada lo podrán apartar de Dios.

Una persona que viva de manera consciente en medio de la presencia de Dios y haya llegado, o esté llegando, al más puro amor divino, entenderá la obediencia no como un ejercicio humano o relacional sino como una participación y vivencia concreta del querer de Dios, que le llama a participar y vivir conforme con la propia libertad divina. La obediencia será, en consecuencia, “un entregamiento de toda el alma con los actos de la voluntad en las manos de Dios; un darse toda a su Dios; un no vivir ya ella, sino su dueño en ella, que es Dios; un ser ya hacienda de Dios y no de ella. Esto es estar el alma resignada, no ser ya suya, ni buscarse a sí, sino de su Dios; y así él hace de ella como de hacienda propia sin ella contradecírsele; no vive ella, sino Dios en ella; y así ya está muerta a sí misma y a todas las cosas, y vive a solo Dios; y todo, por estar ya desnuda de todo amor propio y llena del amor de Dios, que la hace salir de sí, y entregarse y darse toda a su Dios”. De todo ello resulta, como venimos diciendo, un gran aprecio por la obediencia y una muy especial relación de amistad con Dios, que el segoviano denomina ‘privanza con Dios’.²⁷

La privanza con Dios y el formar parte de la hacienda de Dios lo identifica Alonso Rodríguez con cumplir la voluntad de Dios tanto en las adversidades como en las bendiciones. Todas las adversidades que de mano ajena puedan acaecerle al que vive dentro de la presencia de Dios, independientemente de su voluntad, las abrazará “por amor de Dios y por ser esta su voluntad, haciendo durante el trabajo frecuentes actos de alegría y contento de padecerlo por amor de aquel Señor que tenía presente...”. Actos que llevan consigo “la limpieza y la humildad y el amor de Dios” y que alejan al orante y al penitente de toda especie de ensoñaciones y revelaciones. “Porque la santidad no está en visiones ni en revelaciones, ni en el don de

*La obediencia será
“un entregamiento de
toda el alma en las
manos de Dios, un
darse toda a su Dios,
un no vivir ya ella, sino
ser ya hacienda de Dios
y no de ella”.*

²⁷ NONELL, J., *Vida...* 512, 516-517, 519-520 y 520-521.

la profecía, ni en hacer milagros... sino en desterrar de sí todo amor propio, hasta que ya no viva ella, sino Dios en ella”, tal como el mismo Alonso escribiera al padre Juan Rubí.²⁸

Conclusión

El que un hermano coadjutor de la Compañía de Jesús, el segoviano Alonso Rodríguez, muriera en olor de santidad en pleno barroco no resulta nada extraño. Lo extraño y lo que le sigue haciendo particular y único fue el empeño y la pasión que puso a la hora de dejarse modelar y cincelar por el amor de Dios.

Alonso no se dejó amilanar por ninguna de sus desfavorables coyunturas vitales. Con la ayuda de la gracia y del amor de Dios pudo superar la frustración de unos estudios interrumpidos a primera hora, así como una cadena de desgracias familiares y personales. La confianza en sus maestros espirituales y sobre todo la confianza en el amor de Dios vinieron en su ayuda y lo elevaron a las más altas cimas del amor de Dios. Él, hijo de su época y esforzado miembro de la Compañía, quiso acompañar la acción de Dios con los medios que tuvo a su alcance: la oración y la penitencia. En la medida en la que la penitencia y su propia trayectoria vital le fueron purificando, el conocimiento de la persona de Dios y de sus dones divinos le fueron reconstituyendo personal e institucionalmente. En su caso, el conocimiento de la persona de Dios le ayudó a conocerse mejor y sobre todo a aceptarse y a pacificarse interior y exteriormente.

La pacificación interior que el conocimiento de Dios supuso en la vida de San Alonso Rodríguez modificó el contenido de sus muchas prácticas devocionales y penitenciales. En su caso, éstas no deben contemplarse como un esfuerzo voluntarista del que tiene que ganarse favores a toda costa. Deben entenderse, más bien, como respuestas amorosas del que sabiéndose enfermo y perdido se siente en todo momento sano y salvado. Sano por la gracia de Dios; salvado por la persona de Cristo. En esto y no en otra cosa puede resumirse la vida de este varón castellano, hijo de Segovia y de la Compañía de Jesús de entonces y de siempre.

²⁸ NONELL, J., *Vida ...* 537-538 y 408-409.